



BOLETIN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEON.

Concluye la susericion para reparar las alhajas robadas en la Iglesia de Palazuelo de Vedija.

Rs.

SUMA ANTERIOR.	1869
D. Atilano Rodriguez, vicario de Salvador del Nido de esta ciudad.	12

TOTAL.	1881
-----------------------	-------------

CONFERENCIAS PREDICADAS EN LA CATEDRAL DE PARIS, DURANTE LA ÚLTIMA CUARESMA, POR EL P. FELIX, JESUITA.

CONFERENCIA I.

La concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, son los obstáculos del verdadero progreso.

(Continuacion.)

En fin vienen los teólogos y

dicen; Dios es la naturaleza, Dios es el gran todo, Dios es la ley de los mundos, Dios es la humanidad, Dios es yo mismo, y elevando siempre hasta la última potencia el absurdo y la blasfemia, concluyen por decir, *Dios es el mal.*

Aparece por todas partes un trastorno radical en el mundo de las ideas; y no solamente quedan alteradas las nociones de las cosas, sino que quedan destruidas. Se llama verdad al error; se llama error á la verdad, bien al mal y mal al bien: la noche dice, yo soy el dia; y la noche dice al dia, tu eres la noche. Las palabras mienten á las ideas, las ideas mienten á las palabras, y las cosas á su vez parece quieren mentir á los hombres y á Dios. Digámoslo á la letra, *las inteligencias están trastornadas.* Para colmo de esta miseria intelec-

tual, se llama progreso á este trastorno del buen sentido, y se llama sabiduría á este reinado de la locura.

¡Horas fúnebres en la vida de las naciones en que la corrupcion general produciendo en todos y en cada uno como un vértigo universal, da á la tierra el espectáculo de un pueblo loco! Sí, señores, como la concupiscencia produce el vértigo en un hombre y puede arrastrarle hasta la locura, así tambien produce el vértigo en un pueblo hasta herirle con la locura. Locura de los hombres ó locura de los pueblos, locura individual ó locura colectiva, siempre es una misma cosa, es decir, la concupiscencia, ó el reino de las pasiones perturbando el mundo de las ideas, trastornando las ideas y retrogradando los espíritus.

Entonces se realiza esta palabra de la Escritura, *Non est intelligens neque requirens Deum*. Nadie comprende ya, ni el misterio del fin último, ni el misterio del progreso. Nadie busca ya á Dios que es su término y consumacion. Todos se desvían de su fin, todos han declinado. Las naciones estan agitadas y los reinos en decadencia.

III.

Pero la concupiscencia no solamente trastorna las inteligencias,

sino que trastorna los corazones sobre todo en sentido retrógrado. Al mismo tiempo que oscurece el cielo de las ideas, robando á las miradas de la humanidad los principios eternos al rededor de los cuales se cumple el movimiento del progreso y sobre todo la idea del fin último, introduce en el fondo de los corazones una depravacion que los precipita hácia decadencias aun mucho mas profundas.

Estáos, señores, en el corazon del siglo y vamos á tocar al punto generador de todos los progresos y de todas las decadencias, dignaos aumentar vuestra atencion.

Progreso en su noción mas simple y mas profunda es todo lo que aproxima la humanidad á Dios, por que Dios es centro, Dios es fin, y Dios es corona de todo. No es, pues, movimiento progresivo, sino aquel que hace subir al hombre hácia Dios y hace asimilar mas la vida humana á la vida divina. Si el progreso es otro, yo no puedo comprenderle, y esta gran palabra no seria mas que una bandera de irrision que los pueblos degenerados levantan sobre sus cabezas para descubrir sus degradaciones. Pero haga todo cuanto quiera el error por alterar el verdadero sentido, la noción del progreso no perecerá; permanecerá siempre de-

lante de la razon como delante del evangelio, eso que nosotros hemos llamado *la libre gravitacion de la humanidad hacia Dios*.

El problema radical del progreso está reducido á saber por donde se alejan ó se aproximan los hombres á Dios. ¿Qué es lo que hace gravitar al hombre y á la sociedad hácia Dios? ¿Qué es lo que aleja al hombre y á la sociedad de Dios? Ya lo veis, en la cuestion presente es imposible tocar al fondo del sugeto de un modo mas decisivo. Pues bien, Señores; he aqui nuestra respuesta á esta cuestion que debe decidir con el progreso moral todos los progresos. Lo que hace gravitar al hombre y á la sociedad hácia Dios es el vencimiento de la concupiscencia. Lo que aleja al hombre y á la sociedad de Dios es la concupiscencia triunfante.

Hay en la vida del hombre como hay en los cuerpos, aunque de una manera diferente, lo que se puede llamar un centro de gravitacion, y asi hay progreso ó decadencia, segun que por este centro vital el hombre tienda á su centro supremo ó se aleje libremente de él.

¿Cuál es este centro y qué nombre le daremos? ¿Cómo llamais vosotros á lo que en vuestra vida contiene todo el movimiento de la vida? *El corazon*; el corazon, doble fo-

co de mi vida moral y de mi vida fisica, he ahí un centro de gravitacion. Yo sé que hay sábios que combaten la soberania que los pueblos atribuyen *al corazon* y que quieren destruir lo que llaman prestigio y poesia del corazon. No dejemos á la fisiologia el derecho de detenernos en el camino; si la palabra es controvertible, dejemos la palabra, no hablemos ya de corazon, pero hablemos de la realidad poderosa que queremos indicar por esta palabra y digamos. En el centro de la vida humana hay una cosa que con su movimiento da impulso á toda la vida. Esa cosa que los impuros han profanado, pero cuyas profanaciones no pueden impedir á la palabra sagrada pronunciar su nombre, es *el amor*. Sí, el amor, ved ahí el centro de la gravitacion humana.

En una parte es la vision que parte de las alas de las inteligencias, esta luz de la vida, en otras es la direccion que parte del dominio de la voluntad, este gobierno de la vida; allí en lo mas profundo y en lo mas íntimo de nuestro amor, reside el impulso de la vida. La inteligencia mira, la voluntad manda y el amor marcha. El amor aspira, el amor llama, el amor se lanza, el amor se precipita, en una palabra el amor gravita llevando consigo todo lo que gravita al rededor de él. ¿Veis el

cuerpo que rueda? Adonde quiera que va, va arrastrado por su peso: ¿Veis mi vida que marcha por donde quiera que yo voy? pues es mi amor el que me lleva. *Quocumque feror, amore feror*. Voy al Oriente y el amor me impele, vuelvo al Occidente y el amor me trae, voy al mediodía y el amor me grita, vamos á ver las zonas ardientes del Ecuador, voy al norte y el amor me dice, vamos á mirar el cielo mágico de las auroras boreales. Quiero gozar, y el amor me grita, vamos á sumergirnos en el río del placer: quiero sufrir y crucificarme, y el amor es quien me dice subamos al Calvario, vamos á llorar á los pies de Jesucristo. El amor está en todas partes; el amor es siempre mi impulso, mi fuerza y mi movimiento. Yo no me admiro de esto, porque este amor que yo llevo en mi, ó mas bien, este amor que me lleva á mi, es el peso de mi vida, es decir, es mi misma gravitacion en el sentido mas estricto y riguroso.

Alli donde va mi amor, alli van mis pensamientos, mis deseos, mis aspiraciones, mis obras, alli van mis alegrías y mis dolores, alli van mis virtudes, y mis vicios, alli van mis progresos y mis decadencias. Cuando este amor es ordenado, todo está en orden. Cuando está desordenado, todo está en desorden. Cuando este amor sube,

todo sube y estoy en el progreso; cuando este amor desciende, todo desciende y estoy en la decadencia.

Todo el misterio del progreso estriba, pues, en el fondo de este problema práctico el mas importante y decisivo de toda la vida, hacer subir ó hacer descender el amor, lo que equivale á decir, poner el orden ó el desorden en el amor.

El desorden en el amor, es la concupiscencia. La concupiscencia considerada en su esencia puede definirse en estas dos palabras, la perversion del amor, *el amor degenerado*. Ved, pues, en esta sola palabra la filosofía de las pasiones humanas; la teología de la concupiscencia, y bien puedo decirlo la ciencia del progreso. Bajo el golpe terrible de la caída original, el amor, unidad viviente de todas las pasiones, creado para conducir al hombre á su último fin, se ha sublevado contra su fin, es decir, contra Dios mismo, y arrancado así de su centro divino, imprime en el hombre y en todas sus potencias un movimiento terrestre y retrógrado. De aquí resulta que el progreso, es decir, el movimiento de abajo arriba, no puede existir en el hombre, sino á condicion de una *reaccion* libre y valerosa contra esa *gravitacion* que lleva lejos del infinito, al amor separado de su centro verdadero.

La doctrina del progreso cristiano se separa aquí profundamente de la teoría del progreso panteísta: la una pide la expansión libre del amor que está en el hombre, es decir, el reino de la concupiscencia, y por ese libre impulso de la fuerza desordenada y retrógrada alcanza la consumación del desorden y de la decadencia; la otra exige la reacción voluntaria contra el amor desordenado, y por esto lucha contra la fuerza retrógrada de la restauración del orden y la consumación del progreso.

Por consiguiente ya veis que la verdadera fórmula del progreso moral sale por sí misma de las profundidades del cristianismo, y de las profundidades de la humanidad, ilustrando la una á la otra con mútuas claridades. Sabemos ya para nunca olvidarlo donde está el secreto del progreso moral, condición y garantía de todos los demás progresos. Está en el esfuerzo del hombre para vencer la concupiscencia y restablecer su amor al orden, porque el progreso moral según ya hemos dicho es la marcha hácia la virtud; y la virtud ¿qué es? S. Agustín nos responde con esta definición sublime digna de su corazón y de su genio; la virtud es el orden en el amor, *virtus est ordo amoris*; la virtud es la fuerza; pero la fuerza

valerosa y libre que lleva al amor, y con él al hombre hácia su centro divino; haciéndole por lo mismo remontarse, buscando el infinito, hácia las cimas gloriosas del verdadero progreso humano.

Ved al hombre ó al pueblo que por una reacción generosa contra la concupiscencia ha restablecido el orden en su amor. ¡Espectáculo digno de la ambición de los hombres y de las miradas de Dios! El corazón todo entero se ha vuelto hácia el infinito que busca y á que aspira; las afecciones se elevan desde él como un vapor de incienso que glorifica á Dios y embalsama á los hombres.

El poeta ha dicho: *Dios ha dado al hombre una mirada sublime que se dirige al cielo*; pero ved aquí otra cosa mas digna de notarse: el hombre por su valor se ha creado en sí mismo un corazón que aspira á Dios y busca el infinito. El sacrificio, la abnegación, el heroísmo, la pureza, la fraternidad, la caridad se elevan desde él como sus naturales aspiraciones.

En una palabra, todo este amor, que es el fondo y el movimiento de la vida, sube y todo cuanto hay en el hombre se eleva, arrastrado en su movimiento, y no vuelve á descender á la tierra, sino como descenden las aguas atraídas por el sol para esparcirse en dulce lluvia ó en fecundo rocío.

Ved ahí al hombre que ha vencido la concupiscencia. Suponed que este hombre sea un pueblo, y ya podeis figuraros lo que será una sociedad en la que cada cual encierra un corazón así dirigido hácia Dios y un amor que se eleva hasta *Él*; una sociedad en que todo parece exclamar por la voz de los hombres y por la voz de las cosas. *Sursum corda.....!*

¡Ah! en esa elevación y trasportes del amor atraído á su centro, la ciencia progresa, las artes progresan, la literatura progresa, progresa hasta la misma materia que parece asociada al movimiento del espíritu. Cuando la concupiscencia está vencida, todos los corazones se elevan, todos los amores suben hasta Dios, y ese *sursum corda* del hombre y de la sociedad, es el hombre y la sociedad que se elevan, es el progreso moral, y por él y con él el verdadero progreso humano. Pero por el contrario, si es la concupiscencia la que ha vencido, y vencido al hombre y vencido á un pueblo ¿qué llegarán á ser ese hombre y ese pueblo?

¿Veis á ese jóven, en quien superabunda con el tesoro del amor la sávia de la vida? ¿qué va á ser de él? ¿por qué camino va á emprender su carrera? ¿es por la vía del progreso? ¿es por la vía de la decadencia? Quizás. Vacila un

momento, Dios le hace una señal y el hombre le llama. La conciencia le solicita y la concupiscencia le ataca: el cielo le atrae y la tierra le retrae: uno le grita, *sube*, otro le grita, *baja*. ¿Qué va á hacer? Para subir necesita valor, para bajar le basta ser cobarde, y lo es. ¿Qué sucede? La concupiscencia ha triunfado, la atracción terrestre ha vencido á la atracción celestial, el amor se ha arrastrado. Podía ser un ángel, y ya veis lo que ha llegado á ser. Como Satanás precipitado desde lo alto de los cielos rueda de caída en caída; huye con la carrera del que desciende, y huye de su centro sublime y divino, y cuanto mas desciende, tanto mas crece en si mismo la gravitación errónea, que lo arrastra á todos los desórdenes y por todos los desórdenes y á todas las degradaciones. Semejante á un hombre que rodando por una pendiente rápida y áspera, rompe rodando todo lo que toca, dejando en la piedra, en las espinas, y en todo cuanto á su paso se rompe alguna cosa de si mismo, mas en el término de su caída, en el fondo en que ha caído anhelante y herido, hallareis ese amor precipitado, no conservando ni aun pudor para avergonzarse de sus faltas, ni bastante grandeza para contemplar con su mirada la altura de sus caídas.

Ved ahí al hombre cuyo cora-

zon ha sido pervertido por la concupiscencia, es decir, ved ahí al amor en un sentido opuesto á su verdadero destino.

Pues ahora bien, poned un pueblo en lugar de un hombre: suponed que en una sociedad todos los amores arrancados á la vez de su centro comun, entran juntos en ese movimiento retrógrado que atrae á lo bajo á los hombres y á las cosas. ¿Qué costumbres van á surgir de esa perversion universal? y del fondo de estas costumbres, ¿qué degradaciones, qué voluptuosidades, qué codicias van á encontrarse y fortificarse mutuamente, para apresurar las decadencias y aun para consumir la ruina de esos pueblos corrompidos?

Orgullosa tendencia á dominar, capaz de trastornar todos los gobiernos, codicias insaciables, capaces de despojar todos los reinos, voluptuosidad y sensualismo para gozar, capaces de dar muerte á las naciones. Entonces es cuando se cumple esta palabra de la Sagrada Escritura. *Se han corrompido y se han hecho abominables en sus pasiones y en sus deseos, y este es el momento de exclamar con Séneca. Las costumbres están perdidas; la iniquidad triunfa, la virtud desaparece y los asuntos humanos se precipitan en la decadencia.*

IV.

Sí: los asuntos humanos se precipitan en la decadencia ¿y por qué? Porque con el pensamiento y el amor se engaña tambien la accion humana social y separada de sus vias va en un sentido opuesto á la marcha progresiva.

En medio de la perturbacion que hierre á las inteligencias, y de la corrupcion que hierre á los corazones, se hace sentir y se revela por todas partes la necesidad de un cambio, y en tanto que se saluda con embriaguez el advenimiento del progreso, se hallan en la marcha de las naciones puntos formidables de detencion, ya que no retrogradaciones que presagian su ruina.

Entonces abanzan los sistemas, los filósofos sueñan utopias innominadas, de todas partes acuden los reformadores, desplegando todos á la vez la bandera de la reforma y la bandera del progreso. Cada uno conoce en efecto que para romper el punto de detencion del progreso y para detener las retrogradaciones palpables, hay algo que reformar, y no se engañan en esto, porque el progreso no es en verdad mas que una reforma legitima. Progresar, es para el hombre reformarse mas y mas, es rehacerse á semejanza de su propio ideal, así se conquista de dia

en día, ó de siglo en siglo, alguna cosa de su primitiva grandeza y de su belleza original, es en una palabra, anonadar mas y mas en él, por medio de esta progresiva reforma, los efectos de la prevaricación solidaria que fué la deformación y la caída de la humanidad.

Pero ved aquí lo que sucede en esa hora de perturbación y de corrupción universal. Los hombres están de acuerdo sobre la necesidad de una reforma; pero se engañan en su verdadero objeto; están de acuerdo sobre la urgencia de impedir la retrogradación, ó de romper el dique de detención del progreso; pero se equivocan sobre la causa de esa retrogradación, y sobre la naturaleza del dique que los contiene.

Así se ven aparecer tentativas de reforma que todas vienen á concurrir en este error comun; á saber: reformar las superficies en vez de reformar el fondo; reformas singulares que infaliblemente dan uno de estos resultados: ó aplicar el remedio donde no está el mal, ó aumentar el mal por la aplicación del remedio.

¿Y por qué sucede esto así? ¡Ah! Señores, la razón es bien sencilla, y es porque ninguno de esos famosos reformadores piensa en atacar directamente al mal que detiene, ó al mal que precipita; es

porque en estos días agitados por los sistemas de los sábios y por el amor de los pueblos, nadie piensa en levantar contra la *concupiscencia* la bandera del valor y de la verdadera reforma. Nadie, Señores, nadie mas que el hombre del verdadero cristianismo ha adivinado el enigma del progreso en el fondo de estos misterios.

La historia nos abre aquí horizontes inmensos; pero yo he prometido aplazar la cuestión histórica, y me contento con mostraros algunos puntos culminantes. Por todas partes veis cumplirse esta gran ley: los puntos de detención del progreso y las marchas retrógradas tienen una misma causa, la decadencia de las costumbres; y esta decadencia de las costumbres tiene un mismo origen, el desencadenamiento de la concupiscencia.

Las reformas que la atacan son progresivas; las reformas que no la atacan ó que con ella conspiran, son retrógradas. Cuando el cristianismo apareció sobre la tierra, un malestar inmenso reclamaba la reforma, ó mas bien la reformation del mundo. Roma, dueña entonces del universo se sentía agoviada bajo un peso que la hacia inclinarse á la decadencia, y que anunciaba el Bajo Imperio. Para salvar á Roma y al mundo á quien arrastraba en su caída, se necesitaba una reforma. Pero, ¿qué re-

forma? ¿qué faltaba á Roma? No la faltaban las letras, porque tenían entonces en Roma un brillo que los siglos no han podido alcanzar. No la faltaban las artes, porque la victoria habia hecho de Roma el gran museo del universo. No la faltaban las leyes, porque su legislación era la obra maestra de la sabiduria humana. No la faltaban las riquezas, porque Roma era rica, rica con las riquezas de las naciones. No la faltaba el desenvolvimiento material, porque Roma construía con su génio atrevido caminos, acueductos, arcos triunfales, palacios que desafían á los siglos y llevan el sello de la magestad. Habia encontrado secretos para goces, que nuestro siglo aun no ha podido hallar, y daba festines, que á pesar de todo nuestro sibaritismo no podemos imitar.

¿Qué faltaba, pues, á Roma sabia, literata, culta, artística, rica, poderosa y anegada en placeres? una sola cosa; la faltaban, *virtudes*. Nunca la concupiscencia, la verdadera prostituta del Apocalipsis habia obtenido un reinado tan prodigioso: nunca el sensualismo, el orgullo y la avaricia, habian tomado en la humanidad proporciones mas espantosas.

Nada podia curar á esta sociedad enferma; nada podia impedir

la ruina de ese mundo que en todas partes tenia encarnado el germen de la muerte, nada mas que una reaccion inesperada, sobrehumana y verdaderamente divina, contra el mal que devoraba á la humanidad.

Tal fué el golpe divino del cristianismo, que levantó sobre el mundo, con el estandarte del Calvario, la verdadera bandera de la reforma.

Atacó al orgullo con la humildad, á la codicia con la pobreza, al sensualismo con la mortificación, en una palabra, opuso á la concupiscencia, que precipitaba todas las decadencias, la santidad que iba á suscitar todos los progresos. Y sin que la ciencia se ocupase de ello, sin que las artes pudiesen en ello la mano, sin auxilio de las riquezas, sin que el poder lo hubiese siquiera notado, el mundo se halló colocado en este camino real por el que va ya para dos mil años que marcha con Jesucristo. La retrogradacion habia cesado en los pueblos asociados á este movimiento nuevo, el punto de detención habia sido removido, dejando pasar al cristianismo, llevando en sus brazos á la humanidad transformada y verdaderamente progresiva. Así es, que la reforma, y debería decir, la transformación cristiana, ha triunfado para el progre-

so del mundo; y ha triunfado divinamente, porque ella sola ha tenido con el conocimiento del mal, valor para atacarle y fuerza para vencerle. Despues de 15 siglos de cristianismo, cuyas diversas fases se reasumen en su conjunto por un progreso inmenso, se reveló en el seno de la sociedad cristiana una nueva necesidad de cambios. Vinieron hombres que arrojaron á las masas esta palabra llena de magia y de poder; y fijándose en lo mas elevado que hay en esta sociedad tan grande, protestaron contra la religion y gritaron, *Reforma religiosa*. Esta palabra sublevó á las naciones europeas, como el viento de la tempestad subleva las olas de los mares.

¿Qué habia en aquel tiempo para dar á la reforma un resorte tan poderoso? ¿Teniamos necesidad de reformarnos? ¿Qué reforma era necesaria? Señores me apresuro á decirlo en alta voz. Si: teniamos necesidad de reformarnos. Esa época en que se vieron tantos santos, estaba herida en su conjunto de un profundo mal.

La concupiscencia reinaba en las masas corrompidas; la energia moral de la edad media se habia debilitado; todo estaba comprometido con esta decadencia. El fuego de la revolucion debia prender por si mismo en esta mina preparada

por la depravacion de los siglos. Lutero lo comprendió y se aprovechó de ello para estraviar á las naciones. Él vino á decir que nuestro dogma estaba corrompido por la supersticion de los siglos, el burló por una predicacion religiosamente revolucionaria la necesidad de reforma que trabajaba á los pueblos. Necesitábamos que se nos dieran virtudes, y acometió la empresa de arrebatarnos verdades. Teniamos necesidad de reformarnos moralmente, é hizo creer que teniamos necesidad de reformarnos dogmáticamente. Tal fué su mentira y su habilidad, tal fué tambien su triunfo. Pero el triunfo del protestantismo no fué mas que una brecha abierta por un error á traves de la muralla debilitada de las almas corrompidas. Este triunfo del error preparó un triunfo mas á la verdad. Se necesitaba una sola reforma, y fué emprendida en el seno mismo del catolicismo. La santidad cristiana apareció bien pronto con nuevo brillo. La caida de las costumbres nos habia precipitado; la restauracion de las costumbres nos levantó, y el siglo XVII, salido de esta regeneracion moral, brilló en nuestra historia con luces desconocidas. La pretendida reforma no habia olvidado mas que una cosa, la de reformarse á si misma; el veneno de la cor-

rupcion moral habia corrido desde el alma de sus fundadores á las venas de la reforma misma, y llevó sobre ella una gran parte de la lepra que nos devoraba, y nos dejó la vida purificada por una borrasca.

El protestantismo no fué, ni una reforma, ni un progreso. No podia serlo ¿y porqué? Porque en vez de obrar contra la concupiscencia, la agrandó y la desenvolvió en las generaciones acogidas á su bandera. ¿Qué hizo Lutero contra el orgullo? Nada. ¿Qué hizo contra la codicia? Nada. ¿Qué hizo contra el sensualismo? Nada. ¿Qué hizo con estas tres concupiscencias? Todo cuanto podia hacer. Dió á la *codicia* de los príncipes y de los pueblos, los bienes de los pobres y los despojos de los monasterios; dió al *sensualismo*, la supresion de la abstinencia del ayuno, del celibato sacerdotal y de los votos de castidad; quitó en fin al orgullo, la humildad de la confesion, y le dió como un alimento sagrado, el libre examen de las Escrituras. Asi el protestantismo de Lutero, en vez de romper la fuerza retrógrada, la multiplicó....

Mas tarde se reproduce en nuestra sociedad una nueva necesidad de reforma. La grandeza de la Francia parecia debilitada con su gran rey. El siglo XVIII salia

del siglo XVII, y necesario es confesarlo, puesto que asi resulta de la historia, aparecia como un eclipse despues de un dia de gran luz, y como una decadencia despues de un progreso.

Asi es, que como sucede siempre en épocas de decadencia, el mundo estaba agobiado con el peso de un nuevo malestar. La palabra *reforma* fué arrojada otra vez en medio de los pueblos, y esta vez se pedian todas las reformas; reforma judicial, administrativa, religiosa y filosófica, pero sobre todas se alzaba una voz con mucha mas fuerza, y era esta; *reforma política*.

¿Qué habia de legítimo en el fondo de estas nuevas exigencias? ¿Qué faltaba á la política de aquellos tiempos para hacer pueblos progresistas? ¿Teniamos necesidad de reformarnos políticamente? Y en este caso ¿que reforma se hacia sentir? Señores, yo no tengo vocacion para resolver estas cuestiones, pero lo que puedo aseguraros elevándome sobre las esferas de las opiniones que dividen al mundo, es, que en aquellos tiempos si no estábamos amenazados de muerte no moriamos de mal político, sino de mal moral. Si habia en el orden de las cosas secundarias reformas útiles, no habia reforma verdaderamente mas necesaria que la refor-

ma de las costumbres. La concupiscencia hecha señora de mundo, devoraba nuestras virtudes, el orgullo impulsaba á los pueblos á un ideal de independencia absoluta, la codicia soñaba especulaciones fabulosas y las dilapidaciones que llegaron á ser famosas tomaron un ascendiente desastroso sobre las costumbres. De arriba á bajo las almas marchaban á la corrupcion y la sociedad caminaba á la decadencia.

(Se continuará.)

Nuestros suscritores no podrán menos de leer con satisfaccion la siguiente circular del celoso y digno Sr. Gobernador de esta provincia, cuyo laudable objeto es evitar los robos sacrílegos que con tanta frecuencia se han repetido en estas y en otras provincias de España.

CIRCULAR.

La frecuencia con que se repiten de algun tiempo á esta parte los robos sacrílegos, en los templos de esta provincia, ha llamado muy particularmente la atencion de S. M. la Reina (q. D. g.) cuyo piadoso corazon no ha podido menos de afectarse al ver cómo

mo cunde la irreligiosidad y desmoralizacion en un pueblo eminentemente católico y religioso como es el Leonés. Oprobio fuera para los Leoneses que un puñado de hombres que por sus malas costumbres repudia el país, mancilláran por mas tiempo la buena reputacion de esta provincia, siguiendo en sus criminales atentados de profanacion de la casa del Señor, del robo de los vasos sagrados y de los demas ornamentos del culto de nuestra santa religion. El procurar impedir estos crímenes y el tratar averiguar quiénes sean sus autores, obligacion es de todo vecino honrado, y muy particularmente de los Alcaldes y demas funcionarios públicos.

Para cortar de raiz este grave mal, mi digno antecesor el Sr. D. Ignacio Mendez de Vigo, ya espidió una circular en 28 de Mayo del año próximo pasado, que se publicó en el Boletin núm. 64 del año precitado. Encargo á los Alcaldes de Ayuntamiento y á los Pedáneos que se enteren de ella, y que la cumplan con toda escrupulosidad:

y á mas prevengo á los espre-
sados funcionarios que, de
acuerdo con los señores Arci-
prestes y Curas párrocos, adop-
ten cuantas disposiciones con-
sideren oportunas para la cus-
todia en lugar seguro de los
vasos sagrados y demas orna-
mentos del culto.

Recuerdo con este motivo
á los Alcaldes de Ayuntamien-
to y á los Pedáneos que ejer-
citen la mayor vigilancia sobre
los transeuntes que no inspi-
ren gran confianza: sobre las
tabernas y puestos de bebidas,
donde por lo regular se re-
unen los ociosos, jugadores y
gente de mal vivir. Que esta-
blezcan rondas nocturnas, las
que deberán visitar con fre-
cuencia los alrededores de las
Iglesias.

Y por último, que si por
desgracia en el término de su
jurisdicción se perpetrare al-
gun crimen de esta clase, en
cuanto llegue á noticia de su
autoridad, que salga con los jó-
venes del puelo á dar una ba-
tida en el término, y arreste
á toda persona sospechosa y
muy particularmente á los in-
documentados: que dé sin pér-
dida de momento parte al

puesto de Guardia civil mas
inmediato, y á mi autoridad;
y que instruyan con celo y
eficacia las primeras diligen-
cias en averiguacion del autor
ó autores del crimen perpetra-
do, y las pasen sin pérdida de
momento al Sr. Juez de pri-
mera instancia del partido.

La falta de cumplimiento
por parte de los Alcaldes de
Ayuntamiento ó Pedáneos á
cualquiera de las prevenciones
que contiene esta circular, se-
rá castigada con una multa
desde 200 á 800 rs., segun
sea la falta, categoría de la
poblacion ó importancia del
robo. Leon 13 de Marzo de
1858. = Joaquín Maximiliano
Gibert.

En el *Pilot*, diario cató-
lico de Boston (Estados Uni-
dos), leemos lo siguiente:

«CONVERSION DE UN ARTIS-
TA AMERICANO EN ROMA. Te-
nemos la satisfaccion de saber,
por una carta particular de
Roma, que M. Jorge Brown,
nuestro célebre paisajista, ha
sido recibido en el seno de
la Iglesia católica, recibiendo
el bautismo el 10 de Diciem-

bre, bajo condicion, del P. Cardella, prefecto de los estudios en el Colegio Romano. La ceremonia tuvo lugar en la capilla de San Luis Gonzaga de dicho colegio. Hacia algun tiempo que M. Brown experimentaba dudas sobre las doctrinas indecisas de la secta episcopal, y se preguntaba si podian pretender representar el catolicismo. El P. Hecker, redentorista de Nueva-York, que se halla actualmente en Roma, ayudó piadosamente con sus instrucciones á resolver este problema. M. Brown, natural de Boston, ha pasado los últimos veinte años en Roma ó en Florencia, para perfeccionarse en su arte. Es considerado como uno de los primeros artistas en paisajes de Roma, y es notable por su amor á las bellezas de la naturaleza, y por su pasion á la pintura. Felicitamos á M. Brown por haber obtenido la gracia que faltaba á un hombre de su talento y de sus gustos, para hacerle completamente feliz en Italia.»

El corresponsal del diario protestante de Nueva-Yorck, el *Observer*, en carta que di-

rige desde Inglaterra á dicho periódico, le dice lo que sigue: «Entre las personas de la alta sociedad que han abrazado el catolicismo en estos últimos años, se encuentran tres duquesas, una marquesa, dos condesas, cuatro vizcondesas, ocho muy honorables *ladyes*, 10 *baronets*, dos archidiáconos, 85 ministros, y 272 personas de distincion en la aristocracia. Segun el Dr. Crelly, de Walbrook, hay actualmente mas de 100 sacerdotes de la Iglesia de Roma que han sido ministros anglicanos.»

Sabido es que los títulos no son usurpados en Inglaterra por el primero que llega como en Francia; resultando de aquí que las condesas y vizcondesas que han abandonado la *Iglesia establecida*, y que se han puesto en oposicion con la Reina, por seguir la voz de la conciencia, lo son de buena ley.

Mientras el protestantismo se queja de las defecciones que le debilitan en Inglaterra, se lamenta al ver sus inútiles esfuerzos en Persia para atraer á los nestorianos á los errores de la pretendida

reforma. Véase en prueba de ello el párrafo de una carta dirigida al *Missionary-Herald*, desde Persia, por el Rdo. Perkins. Dice así:

«Nuestro pequeño grupo de misioneros desaparece rápidamente, ya bajo los golpes de la muerte, ya por otras causas. Si no recibimos pronto socorros, los últimos de entre nosotros sucumbirán al exceso de la fatiga, y la cosecha no tendrá recolectores. Los nestorianos de las montañas vienen á ser en gran número presa de las agresiones de los *papistas*. Necesitamos ayuda y auxilios, ó los trabajos y las súplicas de un cuarto de siglo no habrán dado, por decirlo así, resultado alguno.»

Es decir, que, según se desprende de la anterior confesion, los protestantes reconocen que los nestorianos de la Persia son convertidos por nuestros misioneros, al paso que los suyos no obtienen ningun resultado. Este es un nuevo dato del cual creemos deber tomar acta para ilustrar la historia del protestantismo, si es que, cerrando los ojos

ante su visible y rápida decadencia, existe aun algun periódico español que, aunque de una manera vergonzante, se proponga hacer la apoteosis de los misioneros protestantes.

Dice la Correspondencia Autógrafa del 15: Es segura, positiva la eleccion de Cardenales hecha hoy en favor de los Arzobispos de Toledo y Sevilla. No tenemos la misma seguridad respecto del de Burgos ó Santiago en cuyo favor habia en Roma grandes simpatías.

NECROLOGIA.

Otra sensible pérdida acaba de sufrir el Episcopado español. En el dia 11 de este mes falleció el Ilmo. Sr. D. Tomás de Roda Obispo de Jaen. El Sr. Roda habia nacido en Murcia, provincia de Granada el 18 de Setiembre de 1779. (R. I. P.)

La Comisaría de los Santos Lugares de Jerusalem en esta Diócesis, vacante por defuncion de D. Joaquin Casaus,

ha sido encargada por S. S. I. hasta la resolución superior, al Sr. D. Vicente Tamayo, canónigo de esta Santa Iglesia.—Lo que se hace saber á los párrocos y demas que deban entregar las cantidades procedentes de la manda pía, limosnas, ó cualquiera otra correspondiente á dicha obra pía.

Muy adelantada la impresión de este número hemos recibido la grata noticia que nuestros lectores verán con no menor satisfacción en el Real decreto siguiente.

PRIMERA SECRETARIA DE ESTADO.

«EXCMO. SR: La Reina Nuestra Señora se ha dignado expedir con esta fecha el decreto siguiente:—Queriendo dar una distinguida prueba de mi Real aprecio á D. Joaquín Barbagero obispo de Leon; vengo en concederle la Gran cruz de la Real orden de Isabel la Católica.

De Real orden lo traslado á V. E. para su conocimiento y satisfacción. Dios guarde á V. E. muchos años. Palacio 9 de Marzo de 1858.—Javier de Isturiz.»

El anterior Real decreto ha sido recibido con el más vivo interés en esta ciudad donde tantas simpatías tiene el Excmo. é Ilmo.

Sr. Obispo por su celo, caridad y demas virtudes evangélicas.

ANUNCIOS.

Ha llegado una pequeña remesa de los Ceremoniales Rurales, y manuales de que nuestros lectores ya tienen noticia; y se espenden en la Secretaría de Cámara.

La Librería Religiosa va á publicar una serie de predicables, que inaugura con Sermones que ya están en prensa, del Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Los señores eclesiásticos que gusten suscribirse podrán hacerlo, seguros que esta serie constará de lo mas selecto para las circunstancias que vamos atravesando. Casa núm. 14 calle de la Rua, Leon.

DISPENSAS.

Ha llegado la lista 11.^a correspondiente al año próximo anterior, que comprende las embancadas hasta 7 de Diciembre del mismo.

LEON: IMPRENTA Y LIT. DE MANUEL G. REDONDO.—1858.